

cada individuo la mayor suma de bienestar físico, moral é intelectual, y para la especie la más alta perfeccion, y una gloria infinita.»

Ahora que hemos ya determinado, no sin trabajo, el sentido de la cuestion propuesta por la Academia de Ciencias morales, relativamente á las oscilaciones del beneficio y del salario, es tiempo ya de que abordemos la parte esencial de nuestra tarea. Donde no esté socializado el trabajo, es decir, donde no esté determinado sintéticamente el valor, hay perturbacion y deslealtad en los cambios, guerra de astucias y de emboscadas, impedimento para la produccion, la circulacion y el consumo, trabajo improductivo, falta de garantías, despojo, insolidaridad, indigencia y lujo, pero al mismo tiempo esfuerzo del génio social por conquistar la justicia, y tendencia constante á la asociacion y al orden. La economía política no es otra cosa que la historia de esa gran lucha. Por una parte, en efecto, la economía política, en cuanto consagra y pretende eternizar las anomalías del valor y las prerogativas del egoismo, es verdaderamente la teoría de la desgracia y la organizacion de la miseria; pero en cuanto expone los medios inventados por la civilizacion para vencer el pauperismo, por más que esos medios hayan redundado constantemente en exclusivo provecho del monopolio, la economía política es el preámbulo de la organizacion de la riqueza.

Importa, pues, volver á emprender el estudio de los hechos y de las rutinas económicas, extraer su esencia y formular su filosofía. Sin esto no es posible ni adquirir el menor conocimiento de la marcha de las sociedades, ni ensayar ninguna reforma. El error del socialismo ha estado aquí en perpetuar el ensueño religioso, lanzándose á un porvenir fantástico, en vez de procurar comprender la realidad lo que

desvanece; así como el mal de los economistas está en ver en cada hecho realizado un auto de proscricion contra toda hipótesis de reforma.

No es así como yo concibo la ciencia económica, la verdadera ciencia social. En vez de dar respuestas *à priori* á los formidables problemas de la organizacion del trabajo y de la distribucion de las riquezas, interrogaré á la economía política como la depositaria de los pensamientos secretos de la humanidad, haré hablar á los hechos segun el orden de su generacion, y diré lo que acrediten, sin poner en ello nada mio. Será esto á la vez una triunfante y lamentable historia, donde los personajes serán ideas, los episodios teorías, y las fechas fórmulas.

CAPITULO III

EVOLUCIONES ECONÓMICAS

PRIMERA ÉPOCA.—LA DIVISION DEL TRABAJO

La idea fundamental, la categoría dominante de la economía política, es el VALOR.

El valor llega á su positiva determinacion por una série de oscilaciones entre la *oferta* y la *demanda*.

El valor, por consecuencia, se presenta sucesivamente bajo tres aspectos: valor útil, valor en cambio, y valor sintético ó social, que es el valor verdadero. El primer término engendra contradictoriamente el segundo; y los dos juntos, absorbiéndose por medio de una penetracion recíproca, producen el tercero; de tal suerte, que la contradiccion ó el antagonismo de las ideas, parece como el punto de partida de toda la

ciencia económica, de la cual se puede decir, parodiando el dicho de Tertuliano sobre el Evangelio, *credo quia absurdum*. Hay en la economía de las sociedades verdad latente, desde el momento en que hay contradicción aparente, *credo quia contrarium*.

Bajo el punto de vista de la economía política, el progreso de la sociedad consiste por lo tanto en resolver incesantemente el problema de la constitución de los valores, ó sea de la proporcionalidad y solidaridad de los productos.

Al paso, empero, que en la naturaleza la síntesis de los términos contrarios es contemporánea de su oposición, en la sociedad los elementos antitéticos parecen presentarse á largos intervalos, sin resolverse sino despues de una larga y tumultuosa agitación. Así, no hay ejemplo, ni hay siquiera idea de un valle sin colina, de una izquierda sin derecha, de un polo Norte sin un polo Sud, de un baston con un solo extremo, ó de dos extremos sin un punto medio, etc. El cuerpo humano, con su dicotomía tan perfectamente antitética, queda íntegramente formado desde el momento mismo de su concepción: repugna que se vaya componiendo y arreglando pieza por pieza, como el vestido que más tarde ha de imitarle y cubrirle (7).

En la sociedad como en el espíritu, por lo contrario, dista tanto la idea de llegar de un solo golpe á su plenitud, que por decirlo así separa una especie de abismo las dos posiciones antinómicas; y áun despues de reconocidas éstas, no se vé cuál será su síntesis. Es necesario que los conceptos primitivos sean, por decirlo así, fecundizados por ruidosas controversias y apasionadas luchas: batallas sangrientas serán los preliminares de la paz. En este momento, fatigada Europa de guerras y polémicas, espera un principio conciliador; y por el vago sentimiento de

esa situación ha preguntado la Academia de Ciencias morales y políticas *cuáles son los hechos generales que arreglan las relaciones de los beneficios con los salarios y determinan sus oscilaciones*, en otros términos, cuáles son los episodios más salientes y las fases más notables de la guerra del capital y del trabajo.

Si demuestro, pues, que la economía política, con todas sus hipótesis contradictorias y sus conclusiones ambiguas, no es más que una organización del privilegio y de la miseria, dejaré probado que contiene implícitamente la promesa de una organización del trabajo y de la igualdad, puesto que, como se ha dicho, toda contradicción sistemática anuncia una composición: habré hecho más, habré sentado las bases de esa composición misma. Luego, exponer el sistema de las contradicciones económicas, es echar los cimientos de la asociación universal; decir cómo han *salido* de la sociedad los productos de la obra colectiva, es explicar cómo será posible que *vuelvan á entrar* en ella; dar á conocer el génesis de los problemas relativos á la producción y á la distribución de las riquezas, es preparar su solución. Todas estas proposiciones son idénticas, de igual evidencia.

§ I.—Efectos antagonistas del principio de división.

En la comunidad primitiva, todos los hombres son iguales; iguales por su desnudez y su ignorancia; iguales por la potencia indefinida de sus facultades. Los economistas sólo consideran de ordinario el primero de estos aspectos: descuidan ó desconocen totalmente el segundo. Sin embargo, según los más profundos filósofos de los tiempos modernos, La Rochefoucault, Helvecio, Kant, Fichte, Hegel, Jacotot, la inteligencia no difiere esencialmente en los individuos sino por su determinación *cualitativa*,

y ésta constituye la especialidad ó aptitud propia de cada uno; al paso que, en lo que tiene de esencial, es á saber, en el juicio, es *cuantitativamente* la misma en todos los hombres. Resulta de aquí, que más tarde ó más temprano, según hayan sido favorables las circunstancias, el progreso general ha de conducir á todos los hombres de la igualdad original y negativa, á la positiva equivalencia de los talentos y de los conocimientos.

Insisto en este precioso dato de la psicología, cuya consecuencia obligada es que no puede ya en adelante ser admitida como principio y ley de organización *la jerarquía de las capacidades*: sólo la igualdad es nuestra regla, como también nuestro ideal. Así pues, según hemos demostrado con la teoría del valor, del mismo modo que la igualdad de miseria se ha de convertir progresivamente en igualdad de bienestar, así también la igualdad de las almas, negativamente su punto de partida, puesto que no representa más que el vacío, se ha de reproducir positivamente en el último término de la educación de la humanidad. El movimiento intelectual se verifica paralelamente al económico: son, el uno la expresión, la traducción del otro. La psicología y la economía social están de acuerdo, ó, por mejor decir, no hacen más que desarrollar, cada una, bajo un punto de vista diferente, la misma historia. Esto se vé, sobre todo, en la gran ley de Smith, *la división del trabajo*.

Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo como se realiza la igualdad de las condiciones y de las inteligencias. Por medio de la diversidad de las funciones dá lugar á la proporcionalidad de los productos y al equilibrio en los cambios, y, por consecuencia, nos abre el camino de la riqueza; así como también, revelando lo infinito en todas partes, en el arte y en la naturaleza, nos lleva á idealizar

todas nuestras operaciones, y hace al espíritu creador, es decir, á la divinidad misma, *mentem diviniorem*, immanente y sensible en todos los trabajadores.

La división del trabajo es, pues, la primera fase de la evolución económica, y también del progreso intelectual: nuestro punto de partida es verdadero lo mismo relativamente al hombre que á las cosas, y la marcha de nuestra exposición no tiene nada de arbitraria.

Pero, en esta solemne hora de la división del trabajo, empieza á soplar sobre la humanidad el viento de las tempestades. No se realiza el progreso para todos de una manera igual y uniforme, por más que al fin y al cabo haya de alcanzarse y transfigurarse á toda criatura inteligente y trabajadora. Empieza por apoderarse de un pequeño número de privilegiados, que vienen por lo mismo á componer la flor de las naciones; y en tanto, la masa persiste ó se sumerge más en la barbarie. A causa de esa distinción de personas de parte del progreso, se ha creído por tanto tiempo en la desigualdad natural y providencial de las condiciones, han nacido las castas, y se han constituido jerárquicamente todas las sociedades. No se comprendía que no siendo toda desigualdad más que una negación, llevase en sí misma el signo de su ilegitimidad y el anuncio de su caída; cabía, pues, mucho menos imaginar que esa misma desigualdad procediese accidentalmente de una causa cuyo ulterior efecto había de ser la de hacerla desaparecer del todo.

Así, reproduciéndose la antinomia del valor en la ley de la división del trabajo, ha resultado que el primero y más poderoso instrumento de saber y de riqueza puesto en nuestras manos por la Providencia, ha llegado á ser para nosotros un instrumento de imbecilidad y de miseria. Hé aquí la fórmula de esa nueva ley de antagonismo, á que debemos las dos

más antiguas enfermedades de la civilización, la aristocracia y el proletariado: *El trabajo, con dividirse según la ley que le es propia y constituye la primera condición de su fecundidad, termina por negar sus propios fines y se destruye á sí mismo; en otros términos: La división, sin la cual no hay progreso, ni riqueza, ni igualdad, subalterniza al obrero y hace imposible la igualdad, nociva la riqueza, é inútil la inteligencia.*

Todos los economistas, desde á A. Smith, han señalado las *ventajas* y los *inconvenientes* de la ley de división, pero insistiendo mucho más en las primeras que en los segundos, porque esto favorecía más su optimismo, y sobre todo sin que ninguno de ellos se haya jamás preguntado qué podían ser los *inconvenientes de una ley*. Así ha resumido la cuestión J. B. Say:

«Un hombre que hace durante toda su vida una misma operación, llega de seguro á ejecutarla mejor y más rápidamente que otro alguno; pero se hace al mismo tiempo ménos capaz de otra ocupación cualquiera, ya física, ya moral: se extinguen sus demás facultades, y de esto resulta una degeneración en el hombre considerado individualmente. ¡Triste confesión la de no haber hecho nunca más que la décimo-octava parte de un alfiler! Y no vaya á creerse que sólo degenera de la dignidad de su naturaleza el obrero que dirige toda su vida una lima ó un martillo, porque otro tanto sucede con el hombre que por su profesión ejerce las más sùtiles facultades del alma. Se puede decir, en resumen, que la separación de los trabajos es un hábil empleo de las fuerzas del hombre, y aumenta prodigiosamente los productos de la sociedad; pero también que quita algo á la capacidad de cada hombre individualmente considerado.»
(*Tratado de Economía Política.*)

Así, ¿cuál es, después del trabajo, la primera causa de la multiplicación de las riquezas y de la habilidad de los trabajadores?—La división.

¿Cuál es la primera causa de la decadencia intelectual, y, como vamos á probar en seguida, de la miseria civilizada?—La división.

¿Cómo el mismo principio, seguido rigurosamente en sus consecuencias, conduce á efectos diametralmente opuestos? Ninguno de los economistas anteriores ni posteriores á A. Smith ha advertido siquiera que había aquí un problema que sondear. Say llega hasta á reconocer que, en la división del trabajo, la misma causa que produce el bien engendra el mal; luego, después de algunas palabras de conmiseración sobre las víctimas de la separación de las industrias, abandona el asunto, contento con haberlo expuesto imparcial y lealmente. «Sabreis, parece decirnos, que cuanto más se divide la mano de obra, más aumenta la fuerza productora del trabajo; pero también que cuanto más se la divide más embrutece el trabajo la inteligencia, por irse reduciendo progresivamente á un mero mecanismo.»

En vano se indignan algunos contra una teoría que, creando por medio del trabajo mismo una aristocracia de capacidades, conduce fatalmente á la desigualdad política; en vano se protesta en nombre de la democracia y del progreso que no habrá ya en lo futuro ni nobleza, ni clase media, ni párias. El economista responde con la impasibilidad del destino: Estais condenados á producir mucho, y á producir barato; sin esto vuestra industria será siempre mezquina, vuestro comercio nulo, y andareis á la cola de la civilización, en vez de dirigirla.—¡Cómo! ¡Entre nosotros, hombres generosos, los habría predestinados al embrutecimiento, y cuanto más se perfeccionase la industria, más habría de crecer entre

nuestros hermanos el número de los réprobos!... — ¡Ay!... tal es la última palabra del economista.

No es posible desconocer en la division del trabajo, como hecho general y como causa, todos los caracteres de una LEY; pero como esa ley rige dos órdenes de fenómenos radicalmente inversos que se destruyen unos á otros, preciso es confesar que esta ley es de una especie desconocida en las ciencias exactas; que es ¡cosa extraña! una ley contradictoria, una *contra-ley*, una antinomia. Añadamos, por via de juicio prévio, que tal parece ser el rasgo signalético de toda la economía de las sociedades, y por lo tanto de la filosofía.

Ahora bien, á ménos de una RECOMPOSICION del trabajo, que destruya los inconvenientes de la division, sin dejar de conservar sus efectos útiles, es irremediable la contradiccion inherente al principio. Es necesario, repitiendo las palabras de los sacerdotes judíos que conspiraban contra la vida de Cristo, es necesario que el pobre perezca para asegurar la fortuna del propietario, *expedit unum hominem pro populo mori*. Voy á demostrar la necesidad de este fallo; despues de lo cual, si le queda aún al trabajador particular un rayo de inteligencia, podrá consolarse con el pensamiento de que muere segun las reglas de la economía política.

El trabajo, que debia dar vuelo á la conciencia y hacernos cada vez más dignos de ventura, produciendo por medio de la division particularia el apocamiento del espíritu, amengua al hombre en la más noble parte de sí mismo, *minorat capitis*, y le relega á la especie de los séres irracionales. Desde ese instante, decaido el hombre, trabaja como un bruto, y como bruto debe ser tratado. No tardará la sociedad en ejecutar ese juicio de la necesidad y de la naturaleza.

El primer efecto del trabajo particulario, despues

del de la depravacion del alma, es la prolongacion de las horas de jornal, que aumentan en razon inversa de la suma de inteligencia que se emplea. Estimándose á la vez los productos bajo el punto de vista de la cantidad y de la calidad, si, por una evolucion industrial cualquiera, el trabajo disminuye en un sentido, es necesario que haya compensacion en otro. Mas como el jornal no puede pasar de diez y seis á diez y ocho horas, desde el momento en que no quepa buscar la compensacion en el tiempo, se le buscará en el precio, y disminuirá el salario. Y esta baja se verificará, no como se há ridiculamente imaginado, por ser el valor esencialmente arbitrario, sino por ser esencialmente susceptible de determinacion. Importa poco que la lucha de la oferta y la demanda termine, ya en ventaja del maestro, ya en provecho del jornalero: oscilaciones tales pueden muy bien variar de amplitud, segun circunstancias accesorias muy conocidas, que han sido apreciadas en lo que valen millares de veces. Lo cierto, y lo que tratamos únicamente de observar, es que la conciencia universal no tasa del mismo modo el trabajo de un aparejador que el de un peon de albañil. Hay, por lo tanto, necesidad de reducir el precio del jornal; de suerte que el trabajador, despues de haber sido lastimado en su alma por una funcion degradante, no puede ménos de serlo en su cuerpo por lo módico de su recompensa. Hay aquí la aplicacion literal de ese dicho del Evangelio: *Al que tiene poco, áun este poco se le quitará*.

Hay en los incidentes económicos una razon implacable que se rie de la religion y de la equidad, como de los aforismos de la política, y hace al hombre feliz ó infeliz, segun obedece ó se sustrae á las prescripciones del destino. Léjos estamos ya, ciertamente, de esa caridad cristiana en que se inspiran

hoy tantos recomendables escritores, caridad que penetrando en el corazón de la clase media, se esfuerza en templar, por una multitud de fundaciones piadosas, los rigores de la ley. La economía política no conoce más que la justicia, justicia inflexible y prieta como la bolsa del avaro; y porque la economía política es el efecto de la espontaneidad social y la expresión de la voluntad divina, he podido decir: Dios es el eterno contradictor del hombre, y la Providencia misántropa. Dios nos hace pagar al peso de nuestra sangre, y á la medida de nuestras lágrimas, cada una de nuestras lecciones; y para colmo de mal, obramos todos como él en nuestras relaciones con nuestros semejantes. ¿Dónde está, pues, el amor del padre celestial por sus criaturas? ¿dónde la fraternidad humana?

¿Puede suceder otra cosa? dicen los teístas. Caído el hombre, queda el animal. ¿Cómo el Criador ha de reconocer en él su imagen? ¿Qué más natural que le trate entónces como una bestia de carga? Pero el tiempo de prueba no durará siempre, y tarde ó temprano el trabajo, despues de haberse *particularizado*, se sintetizará.

Tal es el argumento ordinario de todos los que tratan de justificar la Providencia, sin que alcancen las más de las veces sino á prestar nuevas armas al ateísmo. De modo que Dios nos habria envidiosamente ocultado durante seis mil años una idea que podria haber ahorrado millones de víctimas, la distribución á la vez especial y sintética del trabajo. En cambio nos habria dado por el intermedio de sus servidores Moisés, Budha, Zoroastro, Mahoma, etc., esos insípidos rituales, oprobio de nuestra razón, que han hecho degollar más hombres que letras no contienen. Hay más: si debemos creer la revelación primitiva, la economía social vendria á ser esa cien-

cia maldita, ese fruto del árbol que Dios se reservó y prohibió al hombre que lo tocara. ¿Por qué esa religiosa reprobación del trabajo, si es verdad, como patentiza ya la ciencia económica, que el trabajo es el padre suficientemente del amor y el órgano de la felicidad? ¿A qué esos celos por nuestros progresos? Mas si, como ahora parece, nuestros progresos dependen de nosotros mismos, ¿de qué sirve adorar ese fantasma de divinidad, ni qué quiere de nosotros por medio de esa turba de inspirados que nos persiguen con sus sermones? Vosotros todos, cristianos, protestantes y ortodoxos, neo-reveladores, charlatanes y engañados, oid el primer versículo del himno humanitario sobre la misericordia de Dios: «A medida que el principio de la división del trabajo recibe una aplicación más completa, el obrero es más débil, más limitado, más dependiente. El arte progresa, el artesano retrocede.» (TOCQUEVILLE, *de la Democracia en América.*)

No anticipemos, pues, nuestras conclusiones, ni prejuzguemos la última revelación de la experiencia. Dios se nos presenta por de pronto ménos favorable que adverso: limitémonos á consignar el hecho.

Del mismo modo que la economía política, en su punto de partida, nos ha dejado oír esas palabras misteriosas y sombrías: *A medida que la producción de utilidad aumenta, la venalidad disminuye*; del mismo modo, al llegar á su primera estación, nos advierte con voz terrible que *á medida que el arte progresa, el artesano retrocede*.

Para fijar mejor las ideas, citemos algunos ejemplos. ¿Cuáles son, en la industria metalúrgica, los jornaleros ménos industrioses? Precisamente los llamados *mecánicos*. Despues de haber sido las herramientas perfeccionadas de una manera tan admirable, un mecánico no es sino un hombre que sabe pasar la

lima sobre ciertos objetos ó ponerlos bajo la accion del cepillo: la mecánica compete á los ingenieros y á los contra maestros. Un albéitar del campo, por la sola necesidad de su posicion, reúne en sí las diversas aptitudes y oficios de cerrajero, herrero de corte, armero, mecánico, carretero y veterinario: maravilla causaria, en el mundo de los ingenios, la ciencia que hay debajo del martillo de aquel hombre, á quien el pueblo, siempre burlon, dá el apodo de *tuesta-hierro*. Un obrero de Creuzot, que ha visto durante diez años todo lo que puede ofrecer su profesion de más grandioso y delicado, en saliendo de su taller, es incapaz de prestar el menor servicio y de ganar su vida. La incapacidad del individuo está en razon directa de la perfeccion del arte: y esto es tan verdad de las demás industrias como de la metalurgia.

El salario de los mecánicos se ha sostenido hasta aquí á un tipo elevado: es inevitable que baje algun día, pues no cabe que lo sostenga lo mediano de la calidad del trabajo.

Acabo de citar un arte mecánica; citemos una industria liberal.

Guttemberg, y sus industriosos camaradas, Furst y Schœffer, ¿habrian podido creer jamás que su sublime invento hubiese de venir á caer, gracias á la division del trabajo, bajo el dominio de los ignorantes, estuve por decir de los idiotas? Hay pocos hombres tan débiles de inteligencia, tan poco *letrados*, como la masa de los jornaleros afiliados á los diversos ramos de la industria tipográfica, cajistas, prensistas, fundidores, encuadernadores y fabricantes de papel. Es ya casi una abstraccion el tipógrafo que se encontraba en tiempo de los Estienne. El empleo de mujeres para la caja, ha herido de muerte esta noble industria, y consumado su envilecimiento. He visto á una cajista, y era de las mejores, que no sabía leer

ni conocia más que la figura de las letras. El arte reside hoy en especialidades como los regentes y correctores, sábios modestos que humilla aún la impertinencia de los autores y maestros, y en algunos obreros verdaderamente artistas. La prensa, en una palabra, convertida en puro mecanismo, no está ya, por su personal, al nivel de la civilizacion: no quedarán pronto de ella sino monumentos.

He oido decir que los oficiales impresores de París tratan de levantarse de su abatimiento por medio de la asociacion: ¡ojalá no se consuman sus fuerzas en un vano empirismo ni se pierdan en estériles utopias!

Despues de la industria privada, veamos la administracion.

En los servicios públicos no son menos espantosos ni menos intensos los efectos del trabajo dividido: por todas partes, en la administracion, á medida que se desarrolla el arte, se reduce el sueldo de la generalidad de los empleados. Un cartero recibe anualmente de 400 á 600 francos, de los cuales la administracion le retiene todavía el décimo para su monte-pio. Despues de treinta años de servicio, la pension que se le dá, ó mejor dicho, la restitucion que se le hace, es de 300 francos por año, los cuales cedidos por el propietario á un hospicio le dan derecho á cama, sopa y ropa lavada. Sangre me brota del corazon al decirlo; pero encuentro que la administracion es todavía generosa: ¿qué retribucion quereis que se dé á un hombre cuya funcion está reducida á andar? La leyenda no dá sino *cinco sueldos* al Judío Errante; el cartero recibe veinte ó treinta: verdad es que los más tienen familia. La parte del servicio que exige el uso de las facultades intelectuales está reservada á los directores ó á los oficiales: éstos están ya mejor retribuidos: hacen trabajo de hombres.

Por todas partes, pues, en los servicios públicos

como en la industria privada, están dispuestas las cosas de tal suerte, que las nueve décimas partes de los trabajadores sirven de bestias de carga para la otra décima: tal es el inevitable efecto del progreso industrial, y la indispensable condicion de toda riqueza. Conviene hacerse bien cargo de esa verdad elemental, ántes de hablar al pueblo de igualdad, de libertad, de instituciones democráticas, y de otras utopias cuya realizacion supone previamente una revolucion completa en las relaciones de los trabajadores.

El más notable efecto de la division del trabajo es la decadencia de la literatura.

En la edad media y en la antigüedad, el literato, especie de doctor enciclopédico, sucesor del trovador y del poeta, como que todo lo sabía, lo podia todo. La literatura, despóticamente, dirigia la sociedad: los reyes procuraban granjearse el favor de los escritores, ó se vengaban de su desprecio quemándolos á ellos y á sus libros. Era esto aún una manera de reconocer la soberanía literaria.

Hoy los hombres son industriales, abogados, médicos, banqueros, comerciantes, profesores, ingenieros, bibliotecarios, etc.; pero ninguno es literato: ó mejor dicho, todo el que se ha elevado en su profesion á una altura algo notable, por este sólo hecho, es necesariamente literato: la literatura como el bachillerato ha venido á formar parte elemental de toda profesion. El literato reducido á su verdadera expresion es hoy el *escritor público*, especie de agente fraseador puesto á sueldo de todo el mundo, cuya variedad más conocida es el periodista.....

Extraña idea tuvieron por cierto las Cámaras, hace cuatro años, al hacer una ley sobre la propiedad literaria, como si la idea no tendiese ya cada vez más á serlo todo, el estilo nada. Gracias á Dios, se acabó ya

la elocuencia parlamentaria como la poesía épica y la mitología; el teatro no atrae sino raras veces á los hombres de negocios y á los de ciencia; y al paso que los inteligentes se espantan de la decadencia del arte, el observador filósofo no ve en esto sino el progreso de la razon viril, á la que más bien importunan que divierten esas difíciles bagatelas. No conserva su interés la novela sino en cuanto se aproxima á la realidad; está reducida la historia á una exegesis antropológica; y en todas partes por fin se presenta el arte de bien hablar como el auxiliar subalterno de la idea, del hecho. El culto de la palabra, demasiado confusa y lenta para los espíritus impacientes, es desatendido, y sus artificios pierden cada vez más sus encantos. La lengua del siglo XIX se compone de hechos y de cifras, y el más elocuente entre nosotros es el que con ménos palabras sabe decir más cosas. El que no sabe hablar esta lengua está hoy relegado sin misericordia entre los retóricos: se dice de él que no tiene ideas.

En una sociedad naciente, el progreso de las letras se adelanta necesariamente al progreso filosófico é industrial, y durante mucho tiempo sirve de medio de expresion á entrambos. Pero llega el día en que el pensamiento no cabe dentro de la lengua, en que por consiguiente llega á ser para la sociedad un síntoma seguro de decadencia el que la literatura conserve su antiguo predominio. El lenguaje, en efecto, es para cada pueblo la coleccion de sus ideas nativas, la enciclopedia que le revela por de pronto la Providencia; es el campo que debe cultivar su razon ántes de abordar directamente la naturaleza valiéndose de la observacion y la experiencia. Ahora bien, se puede decir sin temor que una sociedad está perdida, cuando despues de haber agotado la ciencia contenida en su vocabulario, en vez de continuar su instruccion por medio de la filosofía superior, se en-

vuelve en su manto poético, y juega con sus períodos y sus hemistiquios. Todo en ella será sutil, mezquino y falso; no tendrá siquiera la ventaja de conservar en su esplendor esa lengua de que está locamente enamorada; en vez de marchar por la senda de los genios de transición, de los Tácitos, de los Tucídides, de los Maquiavelos y de los Montesquieu, caerá irresistiblemente, de la majestad de Cicerón, á las sutilezas de Séneca, á las antítesis de San Agustín, y á los retruécanos de San Bernardo.

No nos hagamos por lo tanto ilusiones: desde el momento en que el espíritu, que por de pronto está todo en el verbo, pasa al terreno de la experiencia y del trabajo, el literato propiamente dicho no es ya más que la personificación mezquina de la menor de nuestras facultades; y la literatura, desecho de la industria intelectual, no encuentra despacho sino entre los ociosos á quienes divierte y los proletarios á quienes fascina, entre los juglares que asedian el poder y los charlatanes que en él se defienden, los hierofantes del derecho divino que embocan el porta-voz del monte Sinaí, y los fanáticos de la soberanía del pueblo, cuyos ya raros órganos, reducidos á ensayar sobre sepulcros su facundia tribunicia en tanto que puedan derramarla desde lo alto de la tribuna, no saben ya dar al público sino parodias de Graco y de Demóstenes.

La sociedad está pues de acuerdo en reducir en todo, indefinidamente, la condición del trabajador particular; y la experiencia, confirmando en todas partes la teoría, prueba que ese obrero está condenado al infortunio desde el vientre de su madre, sin que puedan aliviar su suerte ninguna reforma política, ninguna asociación de intereses, ni ningún esfuerzo de la caridad pública ni de la enseñanza. Los diversos específicos imaginados en estos últimos tiempos, léjos de

poder curar la llaga, no servirían sino para exacerbarla irritándola; y cuanto sobre este punto se ha escrito, no ha hecho más que poner en evidencia el círculo vicioso de la economía política.

Vamos á demostrarlo en pocas palabras.

§ II.—Ineficacia de los paliativos.—Blanqui, Chevalier, Dunoyer, Rossi, Passy.

Todos los remedios propuestos contra los tristes resultados de la división del trabajo se reducen á dos, que en rigor no son más que uno, pues el primero es el inverso del otro: moralizar al obrero aumentando su bienestar y su dignidad, ó bien ir preparando su emancipación y su lejana dicha por medio de la enseñanza.

Examinaremos sucesivamente estos dos sistemas, que tienen por representantes el uno al Sr. Blanqui, y el otro al Sr. Chevalier.

El Sr. Blanqui es el hombre de la asociación y del progreso, el escritor de tendencias democráticas, el profesor simpático del proletariado. En su discurso de apertura del año 1845, ha proclamado el Sr. Blanqui, como medio de salvación; la asociación del capital y del trabajo, la participación del jornalero en los beneficios del maestro, ó sea un principio de solidaridad industrial. «En nuestro siglo, ha exclamado, ha de nacer el productor colectivo.» Olvida el Sr. Blanqui que el productor colectivo ha nacido hace ya mucho tiempo, como también el consumidor colectivo, y que la cuestión no es ya genética, sino de medicina. Se trata de hacer que la sangre procedente de la digestión colectiva, en vez de agolparse en la cabeza, en el vientre y en el pecho, baje á los brazos y á las piernas. Ignoro por lo demás qué medios se propone emplear el Sr. Blanqui para realizar su ge-